

La ciudad perfecta

Escudero Tobler, Laura

La ciudad perfecta / Laura Escudero Tobler ; Matías Aldaz ; coordinación general de María Luisa García ; dirigido por Laura Leibiker ; editado por Virginia Ruano ; ilustrado por Sabina Alvarez Schürmann. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2019.
120 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Torre de papel azul)

ISBN 978-987-545-767-6

1. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. García, María Luisa , coord. II. Leibiker, Laura, dir. III. Ruano, Virginia, ed. IV. Alvarez Schürmann, Sabina, ilus. V. Título.

CDD A863

© Del texto, Laura Escudero Tobler y Matías Aldaz, 2017

© Editorial Norma, 2018

Av. Leandro N. Alem 720, Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación "N"/Norma/Carvajal® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: marzo de 2017

Segunda edición: febrero de 2019

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Dirección editorial: Laura Leibiker

Coordinación: María Luisa García

Corrección: Roxana Cortázar

Jefa de arte: Valeria Bisutti

Diagramación: Romina Rovera

Gerente de producción: Gregorio Branca

Fotografía de Matías Aldaz: © Nina Cambiaire

CC: 61087822

ISBN: 978-987-545-767-6



La ciudad perfecta

Laura Escudero Tobler

y Matías Aldaz

Ilustraciones

Sabina Álvarez Schürmann

Norma

www.edicionesnorma.com

A Federación.

El lugar donde vivo

Yo vivo en un lugar donde hay un río. También hay casas, una iglesia con la torre alta, una plaza, calles y todo lo demás que se termina donde empieza la costanera. Y después sigue el río marrón como la leche chocolatada que mamá me prepara para el desayuno.

Ayer mamá me preparó la chocolatada. Yo me la estaba por tomar cuando papá puso música a todo volumen y entró a la cocina diciendo que nos íbamos a pasar el día al río. Estaba contento. Papá a veces se despierta así, contento de repente.

Dijo que fuéramos a despedir las vacaciones a la costanera como cuando teníamos el bar. A mí me encantaba cuando teníamos el bar

con las mesas abajo de los árboles. Pero despedir las vacaciones no me gustaba nada. Por mí que no se fueran nunca. Y menos que viniera la escuela. Lo único que me gusta de la escuela son los amigos.

A mamá tampoco le dieron ganas de ir al río porque le contestó a papá que cómo justo ahora, con lo que se venía. Me di cuenta de que a ella tampoco le gusta que se terminen las vacaciones aunque no entiendo por qué si no va a la escuela.

Pero papá estaba muy contento. “Vamos”, le dijo a mamá. Y puso el disco de la canción que dice *chua, chua, chua, jajajá*, y mamá le dijo “está bien, vamos”, porque ese disco le hace acordar que le gusta el río. O que nos quiere tanto. Y esa canción habla del río y de los pájaros y de los gurises como yo. Algo así, no sé.

Para que yo “sacara esa cara”, dijo mi papá, podíamos invitar a Fabio. Yo le dije que sí, que quería, porque prefiero jugar con Fabio y porque ya sé que cuando mi papá se pone así de contento, aunque nos pregunte, vamos a hacer lo que él quiere.

Mamá hizo que sí con la cabeza y salió a hablar por teléfono. Estuvo un montón de tiempo. No terminaba más. No sé qué cosa decía, repetía “La Nueva” y vaya a saber de qué nueva

hablaba, después dijo que faltaba poco. Entonces para qué la hacía tan larga tuve ganas de decirle, pero me aguanté.

Quería saber si Fabio venía o no.

—¿Y...? —le pregunté.

Mamá me miró como si no entendiera.

—Que si Fabio puede venir con nosotros...

—Ah, sí —dijo y siguió hablando con la mamá de Fabio. Y se olvidó de nosotros, del río, de los pájaros, del último día de vacaciones y de todo lo demás, como cada vez que se pone a hablar por teléfono.

Cuando terminó nos fuimos.

Había un montón de gente en la costanera. Apenas papá estacionó el auto corrimos con Fabio hasta la orilla para buscar pescados muertos. Cuando llegamos me di vuelta para ver adónde estaban mamá y papá. Iban por el lado de los pinos a poner la mesa que se abre, en el mismo lugar donde antes teníamos el bar. La mesa que se abre nos quedó después de que mi papá empezó a trabajar en el cine. También tiene sillas que se abren, se quedó con cuatro aunque somos tres porque a veces viene la abuela Nilda. O Fabio.

Nos aburrimos un poco, caminamos por la orilla. El río estaba alto y no había pescados muertos

ni hacía calor para meterse al agua. Hablamos un rato de la escuela, de la señorita que nos iba a tocar. Hicimos una apuesta de fuerza que ganó Fabio y después mamá nos llamó a comer.

Había empanadas y gaseosa y papá y mamá hablaban de cosas que no nos importaban así que nos apuramos para terminar y nos fuimos. Anduvimos un rato por la orilla del río. Llegamos más lejos que antes, hasta el final de la costanera, por el lado del muelle roto. Cerca de la punta había un bote.

Fabio me dijo:

—¿Y si nos vamos?

—¿Adónde?

—No sé. Lejos, por el río. Así mañana no tenemos que ir a la escuela.



Me gustó la idea de no ir a la escuela pero yo no entendía nada de botes y me daba un poco de miedo el río. Y nunca sé si Fabio dice estas cosas en serio, pero si las dice es igualito a mi papá cuando se le mete algo en la cabeza. Lo miré. Pensé que faltaba que llegara la noche y se pusiera oscuro. Y cuando viene la oscuridad prefiero estar en casa con mamá y papá aunque al otro día haya que ir a la escuela. Pero ni loco le decía eso a Fabio porque se iba a reír de mí. Así que me subí al muelle roto y le grité que viniera.

—Mirá la cantidad de pescados —le dije. Porque era cierto que había un montón de pescados muertos y ramas y hojas y para que se olvidara del bote y de la escuela.



Fabio se subió adonde yo estaba.

—Los vamos a sacar —dijo.

Nos acostamos de panza en el muelle que hacía ruido y se movía como si se fuera a caer. Levantamos los pescados con la mano. Había un dientudo que parecía vivo. Tenían un olor que es el mismo olor del río pero un montón más. Si el domingo había empezado mal ahora se había puesto mucho mejor. Escarbamos los pescados con un palito. Vimos uno que tenía los ojos todos para afuera, como explotados, igual que la señorita Raquel que es la directora de la escuela adonde vamos. Se le explotaron de tanto que los abre cada vez que se enoja.

Después levanté la vista y vi algo desde la punta del muelle. Era el barco de los *perfectos*. Estaba frente a nosotros.

—¿Viste? —le dije a Fabio.

Fabio levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Ahí, el barco de los *perfectos*...

—Ah, sí, ¿se mueve? —preguntó Fabio.

—Y... mover se tiene que mover porque antes no estaba.

—Parece siempre igual, ¿viste?

—Es porque nos cuidan.

—¿Vos decís?

—Mi papá dice. Y él sabe.

—¿Y si agarramos el bote y vamos hasta el barco?

Esta vez me salvó mamá.

—¿Se puede saber qué están haciendo? —gritó desde lejos y siguió gritando mientras se acercaba—. Qué asco... Gaspar, ahora qué les vamos a decir a los papás de Fabio. Decime.

A los papás de Fabio les podíamos decir un montón de cosas. Que los pescados estaban vivos y nosotros los queríamos tirar al agua para salvarlos, o que habíamos comido atún que es un pescado que también está muerto como los de la orilla. Pero me quedé callado.

—Cómo van a agarrar esos pescados con las manos. Cada idea tienen. Ya mismo pasan derecho al auto, no tocan nada. Gaspar, imudo! No es para reírse.

Cuando llegamos a casa mamá dijo que pasáramos al baño para sacarnos la mugre del río y de los pescados muertos. Que al otro día empezábamos la escuela, que el olor a pescado no se iba nunca, que cómo se nos ocurría. Que no podía dejar que la mamá de Fabio lo viera así.

Después de bañarnos vino mamá, nos olió las manos y dijo que estaba bien, que el olor se había ido, menos mal. Y mientras los dos nos

vestíamos con mi ropa le conté a Fabio que, antes de irse, mi tío trabajaba de *perfecto*.

Mamá me había dicho.

Trabajaba en el barco y se ponía ropa de *perfecto* que es toda igual. Después no sé bien qué pasó con mi tío que se equivocó y no trabajó más de *perfecto*, porque si sos *perfecto* no te podés equivocar. Ni un poco.

—Uh, debe ser aburridísimo ser *perfecto* —dijo Fabio.

Cuando era más chico yo quería trabajar de *perfecto* y andar en barco como mi tío. Ahora no sé. Mejor no. Tiene razón Fabio. No quiero ser *perfecto*. Trabajar de barco puede ser, pero prefiero barco de pescados. O barco que se va a otros lugares. No ese barco que se queda todo el rato ahí en el río para cuidar no sé qué y encima no hay que equivocarse. Ese barco al final es lo mismo que estar adentro de una casa todo el tiempo, pero en medio del río donde nadie puede salir porque todo alrededor es agua y agua.

Mañana le voy a decir a Fabio que cuando sea grande quiero trabajar de bar en la costanera. O de pescador. Pero para eso tengo que aprender a andar en bote. Y de paso nos vamos por el río cuando se nos dé la gana. Y no tenemos que ir más a la escuela.

2

La nueva

El día siguiente amaneció lunes. Muy lunes. Me dolía la panza cada vez que me acordaba de que al mediodía tenía que ir a la escuela. Y me acordaba todo el tiempo. Mamá entró a mi pieza para despertarme. Me dijo que ya estaba el desayuno, que era el primer día en la escuela, que me preparara. Como si me pudiera olvidar. Me tapé con la sábana hasta la cabeza y me hice el dormido.

—Vamos, Gaspar —dijo—, hoy es un día importante.

La palabra “importante” me hizo doler todavía más la panza. Los chicos en el patio, las maestras, la bandera, alta en el cielo, avemaría y todo eso. El olor a los lápices y los cuadernos

nuevos, una maestra que no conocía, que seguro nos iba a nombrar uno por uno, parados, firmes al lado del banco y presenteseñorita. Más fuerte que no lo escucho, iba a decir. Y los otros se iban a reír. Que me trague el piso o mejor que me vaya para siempre en el bote con Fabio.

Me vestí despacio, miré cómo de la percha colgaba el uniforme, sobre una silla estaba mi portafolio nuevo que se hace mochila. Y de abajo de la cama asomaban mis zapatillas del futuro. Las miré, las busqué, me las puse. Así era otra cosa.

—Esas zapatillas para la escuela, no —dijo mamá.

Las zapatillas o el bote, pensé. Pero no dije nada. Mamá que a veces adivina me dijo que bueno, que esta vez porque era el primer día. Y me trajo la taza con la leche y las carasucias que me gustan, pero todavía me dolía un poco la panza.

Para que no me dijera que me sacara las zapatillas del futuro hasta la hora de salir ni se me ensuciaran, me quedé en la pieza jugando con mi colección de autitos. Tenía doce. Armé una pista de mentira con maderitas que a cada rato se salían y desarmaban. Yo quería que mi papá me comprara una pista de carreras eléctrica. Como la que tiene Fabio. Siempre me decía que

sí, que ya me la iba a comprar cuando tuviera plata y después se olvidaba. Plata tenía porque yo le había visto la billetera y además podía sacar del banco. Una vez lo acompañé y vi cómo era. Hacía la cola y cuando le tocaba el turno un hombre del otro lado del vidrio le daba muchos billetes. Que fuera y le pidiera y me comprara de una vez la pista. Pero se olvidaba.

Mi mamá me llamó a comer fideos con manteca y me volvió el dolor de panza. Y eso que los fideos con manteca son la comida que más me gusta en el mundo. Igual un poco comí. Me puse el uniforme con la camisa blanca que era nueva y estaba dura como de cartón y yo estaba duro como de cartón con el portafolio en la espalda que me colgué. Caminamos ese día porque papá estaba arreglando no sé qué cosa y se había llevado el auto.

Cuando íbamos a llegar a la esquina de la plaza me agaché y me até muy bien los cordones de las zapatillas del futuro. Después me paré y miré adelante. Ahí lo vi. Había un coso. Era como una grúa con una bola de hierro gigante que colgaba de una cadena también gigante. Como una bomba. La bomba de una súper nave espacial. Todos los chicos y los padres que los llevaban se cruzaron para ver eso.

Con mamá también fuimos.

¿Y si la escuela no empezaba?

—Ma, ¿qué es eso?

Pero mamá no me escuchó porque hablaba con una vecina. Estaban como protestando. “Cómo tan pronto —decía mamá—, cómo en la plaza a la vista de todos, para qué necesitan hacer esto”. La vecina hizo ish! con la mano sobre la boca y en voz muy baja, que igual pude escuchar clarito, dijo que el general en persona iba a venir para la inauguración y que ya se estaban entregando las casas, que qué iban a esperar.

Pensé, ¿qué casas?

Pero no tuve tiempo de decir nada porque me acordé de la escuela y me volvió el dolor de panza.

Mamá me tiró del brazo. Cruzamos la calle, caminamos una cuadra y llegamos. Yo creo que le dio el apuro porque se asustó con el coso. Escuela había porque la puerta estaba abierta, la portera apoyada sobre la escoba saludaba a las mamás y a las nenas les tocaba la cabeza. Vi a Fabio en la vereda con su mamá. Y mi mamá también los vio así que nos acercamos. Enseguida me solté de la mano y me fui con Fabio a los escalones de la entrada.

—¿Viste la bola? —le pregunté.

—Sí —dijo Fabio —, parece una bomba.

—¿Vos decís?

—Qué sé yo, digo. ¿Qué otra cosa puede ser?

—¿Y cómo la van a tirar? Las bombas se tiran de aviones o de barcos...

—A lo mejor ponen la bomba en el barco de los *perfectos* para que otros no nos ataquen.

—Pero si es grandísima, ¿cómo va a entrar en el barco y con qué la van a tirar? Las bombas se tiran con cañones. ¿Y quiénes nos van a atacar? ¿Los extraterrestres?

—Vos qué sabés.

En ese momento nos quedamos mudos. Los dos. Entró una chica nueva. A mí las chicas no me importan para nada. Pero esa que entraba era un poco distinta. Y me acordé de que mi mamá había dicho por teléfono no sé qué de una nueva.

—¿Quién es? —preguntó Fabio que también la había visto.

—Ernestina —dijo alguien, otra chica, creo.

Pero a mí las chicas no me importan para nada. Nada de nada. Enseguida los padres empezaron a irse y me tuve que aguantar que mamá me diera un beso delante de todos y me dijera que cuidara las zapatillas. A veces la quiero mandar a mi mamá en el bote. Un rato aunque sea.

Hicimos la fila al frente de la bandera y todo lo mismo de siempre: tomar distancia con el brazo estirado y buenos días a la señorita directora. Y al final de saludar estábamos otra vez todos pegoteados uno atrás del otro, cerca como queríamos. La que estaba ahí nomás era Ernestina. En la fila del segundo “C”. Al lado de la fila del “A”, donde estaba yo. Era raro que hubiera una chica nueva. A lo mejor por eso mi mamá estaba con lo de la nueva cuando hablaba por teléfono.

La señorita que nos tocó se llamaba Nancy. No nos hizo parar ni nada. Solamente nos preguntó



los nombres y nos hizo chistes, estuvo bien. La panza no me dolió más.

En el recreo largo fuimos con chicos de sexto que estaban hablando de la bola. Nos acercamos para escuchar. Había otros gurises de todos los grados. Decían que era para romper todo porque iban a agrandar el río y tenían que hacer espacio para que pudieran pasar los barcos. Mucho no entendí. Entonces alguien dijo el nombre de Ernestina. Ahí abrí bien las orejas. Fabio también. El chico dijo que el papá era el hombre que sabía manejar la grúa con la bola. Que por eso había



venido y que por ahora vivían en la casa que había sido de los Bollatti.

Manejador de grúa con bola gigante. Me gustó ese trabajo. Me pareció mucho mejor que de *perfecto*. Además le podía pedir al papá de Ernestina que me enseñara. Le tenía que preguntar cómo era. Algún día le iba a preguntar. Aunque con las nenas yo no hablo.

Índice



1. El lugar donde vivo	7
2. La nueva	15
3. Peces eléctricos	23
4. La escuela	27
5. El cine	33
6. La bola	43
7. La pista	53
8. Una casa con escalera	61
9. La Nueva	69
10. La caja de zapatos	75
11. La despedida	85
12. Las zapatillas del futuro	97
13. El círculo	107